

EL DESARROLLO RELIGIOSO DEL ISLAM

C. Snouck Hurgronje

Traducido por Jesús M. Sáez

Texto en inglés: <http://answering-islam.org/Books/Hurgronje/hurgronje2.htm>

APENAS PODEMOS IMAGINAR una población más pobre, más miserable que la del país sudarábigo de Hadramaut. Allí todo progreso moral y social está frenado por la perpetuación de los peores aspectos de la Yahiliya (el paganismo árabe), unidos a los del Islam. La nobleza laica está formada por grupos que se pasan la vida envidiándose mutuamente y combatiéndose según códigos de venganza no atemperados por ninguna clase de sentimientos más humanos. La nobleza religiosa está representada por descendientes del Profeta, rígidos defensores de una ortodoxia rigurosísima y del fanatismo más intolerante. En una sociedad ordenada, sacando partido de todos los medios ofrecidos por la ciencia y técnica modernas, la tierra seca y estéril podría producir cosechas suficientes para satisfacer las necesidades de sus miembros; pero entre estos habitantes, paralizados por la anarquía, reina una hambruna crónica. Los extranjeros evitan prudentemente este miserable país, y si lo visitaran, no serían recibidos con hospitalidad. El hambre fuerza a muchos hadramitas a emigrar; durante siglos los encontramos en todos los países del Islam, en las ciudades sagradas de Arabia occidental, en Siria, Egipto, la India, Indonesia, donde a menudo ocupan puestos importantes.

En las Indias holandesas, por ejemplo, viven en las ciudades comerciales más importantes, y aunque el gobierno nunca les ha favorecido, y aunque han tenido que competir con los chinos y con los europeos, han logrado hacer su situación suficientemente fuerte. Antes de predominar la influencia europea, llegaron a fundar estados en algunas de las mayores islas o lograron influencia política en los estados nativos. Bajo un gobierno europeo fuerte, son de los súbditos más tranquilos y más laboriosos, ganándose toda la vida y ahorrando algo para sus parientes pobres de la patria. Vienen sin un céntimo, y sin ninguno de los conocimientos ni habilidades prácticas que estamos dispuestos a considerar indispensables para quien quiere probar fortuna en un complejo mundo moderno colonial. Sin embargo, he conocido a algunos que en veinte años han llegado a ser potentados de los negocios e incluso millonarios.

El espectáculo extraño de estos talentos en potencia y de la energía reprimida del pueblo de Hadramaut, que parecen estar esperando sólo ser trasplantados a una tierra más favorable para desarrollarse con sorprendente rapidez, nos ayuda a comprender las consecuencias enormes de la emigración árabe del siglo VII.

Los bienes espirituales con los que el Islam se lanzó al mundo, distaban de ser grandiosos. Predicaba un monoteísmo simple: Allah, Creador omnipotente y rey del cielo y la tierra, enteramente autosuficiente, de modo que era ridículo suponerle compañeros o hijos que le ayudaran; que ha creado los ángeles para que formaran Su corte, y a los hombres y los genios (*jinn*) para que Le sirvieran obedientemente; que decide todo según Su voluntad incalculable y que no es responsable ante nadie, porque el universo es Suyo; cuyas criaturas, si sus mentes no se extraviaran, deben por ello vivir con respetuoso temor y asombro. Ha dado a conocer Su voluntad a la humanidad, comenzando con Adán, pero la propagación de la humanidad por la superficie de la tierra, la seducción de Satanás y sus emisarios han llevado a la mayoría de las naciones a apartarse completamente de Él y Su servicio. De vez en cuando, cuando consideraba llegado el momento, hacía surgir de una nación un Profeta para que fuera Su mensajero que instara a la gente a convertirse, y que transmitiera las bendiciones que les esperaban como recompensa por su obediencia y los castigos que les serían infligidos si no creían en su mensaje.

A veces los rebeldes habían sido sacudidos por una sentencia terrenal (el diluvio, el ahogamiento de los egipcios, etc.), y los fieles habían sido rescatados de modo milagroso y conducidos a la victoria; pero tales cosas sólo servían de indicaciones de la majestad de Allah. Un día el mundo entero será derribado y destruido. Entonces los muertos serán despertados y conducidos al tribunal de Allah. Los fieles tendrán moradas designadas en jardines bien regados, sombreados, con árboles frutales cargados copiosamente, con lechos suntuosos en los que yacerán y disfrutarán de manjares deliciosos, servidos por los sirvientes del paraíso. Se podrán permitir el burbujeante vino que no embriaga, y

la unión con mujeres de juventud y virginidad inmarcesibles. Los infieles terminarán sus vidas en el fuego del infierno, porque el castigo y la recompensa son eternos.

Allah da a cada uno su merecido. Todas las acciones de Sus criaturas son registradas puntualmente, y cuando llega el Juicio, se abre el libro; aun más, cada criatura lleva la lista de sus propias acciones buenas y malas; el debe y el haber son cuidadosamente tasados y contrastados en la balanza divina, y muchos testigos son escuchados antes de que se pronuncie la sentencia. Allah, sin embargo, es clemente y misericordioso; gozosamente perdona a los pecadores que han creído en Él, que han aceptado el Islam con sinceridad, es decir: que han reconocido Su autoridad absoluta y han creído en el mensaje del Profeta enviado. Tales Profetas tienen el privilegio de actuar como mediadores a favor de sus seguidores, no en el sentido de redentores, sino como abogados que escuchan cortésmente. Naturalmente, el Islam, la sumisión al Señor del universo, tenía que expresarse con actos. Allah desea el homenaje de la adoración formal, que debe ser realizada varias veces cada día individualmente, y en ocasiones especiales, por los fieles reunidos, dirigidos por uno de ellos. Este servicio, *azala*, sólo recibió las normas rigurosamente obligatorias después del tiempo de Mahoma, pero ya mientras vivía consistía principalmente en los mismos elementos que ahora: la recitación de los textos sagrados, tomados especialmente de la revelación, ciertas posturas corporales (de pie, inclinación, de rodillas, prosternación) con la cara hacia La Meca. Este último aspecto y el lenguaje de la revelación son los elementos árabes del oficio, que es por lo demás una imitación de los ritos judíos y cristianos, en la medida en que Mahoma los conocía. No había sacramentos, por ello ningún sacerdote que los administrara; el Islam siempre ha sido por excelencia la religión de los laicos. La enseñanza y la exhortación son la única ayuda espiritual que el devoto musulmán necesita, y esta simple cura de almas es desempeñada sin ninguna clase de ordenación ni consagración.

El ayuno, de un mes a ser posible, y por más tiempo si se desea, era también una parte integral de la vida religiosa y, al mostrar indiferencia por los gozos mundanos, una prueba de la fe en las promesas de Allah sobre el mundo venidero. La limosna, recomendada sobre todas las demás virtudes, iba a ser practicada no sólo en obediencia a la ley de Allah y la creencia en la retribución, sino que iba a demostrar desdén por todas las posesiones mundanas que pudieran dificultar el esfuerzo por lograr la felicidad eterna. Posteriormente, Mahoma fue obligado, por la necesidad de ingresos

públicos y por el entusiasmo menguante de los fieles al aumentar su número, a regular la práctica de esta virtud y a imponer una contribución mínima (*azaque*).

Cuando Mahoma, definiendo su postura en contradicción al judaísmo y al cristianismo, había acentuado el carácter árabe de su religión, se incorporaron al islam los ritos mecanos de origen pagano; pero sólo después de la purificación exigida por el monoteísmo. Desde entonces en adelante la celebración anual del *hajj* estuvo entre los deberes rituales de la comunidad musulmana.

En los primeros años de conflictos se inculcó a los creyentes otro nuevo deber con la máxima energía: la *yihad*, es decir, la determinación de sacrificar vida y propiedades en defensa del Islam, entendido, desde la conquista de La Meca en 630, como la extensión por las armas de la autoridad del Estado musulmán, primero por toda Arabia y poco después de la muerte de Mahoma por todo el mundo, en la medida en que Allah garantizaba a Sus huestes la victoria.

Por lo demás, las revelaciones legislativas regulaban sólo cuestiones que habían llegado a ser motivo de polémica o de conflictos durante la vida de Mahoma, o que eran sugeridas particularmente por esa antítesis entre paganismo y revelación que había determinado la carrera profética de Mahoma. Se prohibía el juego y el vino, este último después de cierta vacilación entre inculcar la templanza o la abstinencia. La usura, entendida como exigencia de cualquier interés por los préstamos, también fue prohibida. Todas las disputas tribales y sus repercusiones tenían que ser consideradas en adelante como inexistentes, y la venganza, siempre que la parte agraviada no estuviera de acuerdo en aceptar una compensación, se puso bajo la potestad del jefe de la comunidad. La poligamia y la unión sexual de amo y esclava se limitaban; las obligaciones que surgen de las relaciones de sangre o de la propiedad quedaban reguladas. Estas cuestiones bastan para sugerirnos la naturaleza de las normas coránicas. La referencia a ciertos asuntos en esta ley revelada, mientras que otros eran ignorados, no dependía de su importancia respectiva sobre la vida de la comunidad, sino más bien de lo que había sido sugerido al azar por los acontecimientos de la vida de Mahoma. Porque Mahoma sabía perfectamente lo poco calificado que estaba para emprender una obra legislativa, de no ser absolutamente necesario.

Este bosquejo de lo que pretendía el Islam cuando se lanzó a conquistar el mundo, probablemente no va a dar la impresión de que su expansión increíblemente rápida fue debida a su superioridad sobre las formas de civilización que suplan-

tó. La afirmación de Lammens de que el Islam era la religión judía simplificada de acuerdo con las necesidades árabes y amplificada con algunas tradiciones cristianas y árabes, contiene una gran verdad, con tal de reconocer su importancia capital sobre la vocación y la predicación de Mahoma de la doctrina cristiana de la resurrección y el juicio. Esto explica el gran número de puntos débiles que el libro de las revelaciones de Mahoma, consignado por sus primeros seguidores, ofrecía a la polémica judía y cristiana. Era fácil para los teólogos de estas religiones señalar innumerables errores en la obra del iletrado Profeta árabe, especialmente donde afirmaba que estaba repitiendo y confirmando el contenido de la Biblia. Las revelaciones coránicas sobre la relación de Allah con los hombres, tomadas de fuentes apócrifas, de leyendas profanas como la de Alejandro el Magno, a veces incluso creadas por la propia fantasía de Mahoma —como la historia del Profeta Salih, que supuestamente había vivido en el norte de Arabia, y la del Profeta Hud, que supuestamente había vivido en el sur; todo esto no podría más que darles la impresión de una torpe caricatura de la verdadera tradición. Las doctrinas principales de la sinagoga y la iglesia habían sido mal entendidas al parecer, o habían sido negadas simplemente como corrupciones.

La conversión al Islam, en el periodo de cien años, de naciones como Egipto, Siria y Persia, ha de ser atribuida a las capacidades latentes, a la energía anteriormente reprimida de la raza árabe que había encontrado un terreno favorable para su desarrollo; capacidades y energía, no de carácter misionero, sin embargo. Si se dice que el Islam ha sido desde sus comienzos hasta el día de hoy, una religión misionera¹, entonces la misión debe ser tomada aquí en un sentido muy particular, y debe prestarse una atención especial a la preparación del campo misionero por los ejércitos musulmanes, referida por la historia y considerada de suma importancia por los mismos musulmanes.

Ciertamente, las naciones conquistadas por los árabes bajo los primeros califas no eran obligadas a elegir entre vivir como musulmanes o morir como infieles. Los conquistadores los trataron como Mahoma había tratado a los judíos y

cristianos en Arabia hacia el final de su vida, y sólo les exigía sumisión a la autoridad musulmana. Se les permitía seguir su religión, con tal que ayudaran con sus impuestos a llenar el erario musulmán. Esta norma fue extendida incluso a religiones como la de los parsis, aunque no podían ser considerados como un «pueblo de la Escritura» expresamente reconocido en el Corán. Pero la condición social de estos súbditos gradualmente se hizo tan opresiva con los amos musulmanes, que las rápidas conversiones en masa eran su consecuencia natural; la más natural porque en las naciones conquistadas la cultura intelectual estaba restringida a un pequeño círculo, por lo que después de la conquista sus líderes espirituales carecían de libertad de movimientos. Además, prácticamente se exigía muy poco a los nuevos conversos, por lo que era muy atractivo dar el paso que llevaba a la plena ciudadanía.

No, los que en un breve tiempo sometieron a millones de no-árabes al Estado fundado por Mahoma, y prepararon así su conversión, no eran apóstoles. Eran generales cuyas aptitudes estratégicas hubieran permanecido ocultas de no ser por Mahoma, genios políticos, especialmente de La Meca y Taif, que, antes del Islam, hubieran sobresalido sólo en la organización de operaciones comerciales o en el restablecimiento de la concordia entre familias hostiles. Ahora demostraron ser capaces de unir a los árabes dirigidos por Allah, una unidad todavía puesta en peligro muchas veces durante el siglo primero por el antiguo espíritu partidista; y de desarrollar una división del trabajo entre gobernantes y conquistados que les hizo posible controlar el funcionamiento de las complicadas maquinarias estatales sin ningún conocimiento técnico.

Además, varias circunstancias favorecieron su trabajo; los grandes reinos que se extendían por el norte de Arabia, se encontraban políticamente en decadencia; los cristianos que habitaban en las provincias que iban a ser conquistadas primero, pertenecían, en su mayoría, a sectas heréticas y eran tratados por los ortodoxos bizantinos de un modo tal que podrían ser bien recibidos otros intolerantes amos. Los ejércitos árabes estaban formados por endurecidos beduinos con pocas necesidades, cuya avidez por las riquezas del mundo civilizado los predisponía a soportar la presión de una disciplina hasta entonces desconocida para ellos.

El uso que los dirigentes hicieron de la ocasión nos causa admiración; aunque su plan se formó en el transcurso y bajo la influencia de sucesos generalmente imprevistos. Las circunstancias habían convertido a Mahoma Profeta en Mahoma conquistador, y los líderes, que continuaron la

¹ Con un talento extraordinario esta tesis ha sido defendida por el profesor T. W. Arnold en el citado trabajo, *The Preaching of Islam*, que merece toda la atención también de los que no aceptan el argumento del escritor. Entre las muchas objeciones que se pueden plantear contra la conclusión del profesor Arnold, señalamos el hecho innegable que los eruditos musulmanes de todas las épocas no hablan de “misión” en absoluto, y consideran siempre la extensión de la verdadera fe mediante la guerra santa como uno de los deberes musulmanes de la comunidad musulmana.

obra del conquistador, aunque no movidos por el fanatismo o el celo religioso, no obstante prepararon la conversión al Islam de millones de hombres.

Era muy natural que los nuevos amos adoptaran, con ciertas modificaciones, los sistemas administrativos y fiscales de los países conquistados. Por razones similares el Islam tenía que completar su patrimonio espiritual con la bien ordenada riqueza del de sus nuevos prosélitos. La investigación reciente demuestra con la mayor claridad que el Islam, después de haberse opuesto tan acerbamente a las demás religiones y haberse protegido tan fuertemente contra la influencia externa, tomó prestado en el siglo primero libre y simplemente del «Pueblo de la Escritura» todo lo que no estaba en contradicción flagrante con el Corán. Esto era de esperar; ¿no se había referido Mahoma desde el comienzo mismo al «pueblo del Libro» como «los que saben»? Cuando la experiencia dolorosa le llevó más tarde a acusarlos de corrupción de sus escrituras, esta actitud exigía alguna reprobación pero no el rechazo de su tradición. El ritual, sólo provisionalmente regulado y continuamente dispuesto a cambiar según la inspiración profética en vida de Mahoma, exigía normas inalterables tras su muerte. Estudios recientes² han mostrado de un modo asombroso que el ritual judío, juntamente con los ritos religiosos de los cristianos, influyó poderosamente en la forma definida dada al ritual del Islam, mientras una influencia indirecta de la religión parsi es, al menos, probable.

Otro tanto por lo que respecta a los ritos de adoración pública y a la pureza ritual exigida. El procedimiento del ayuno parece basarse en el modelo judío, mientras que el periodo de ayuno obligatorio depende de la costumbre cristiana.

Las referencias fragmentarias y desordenadas de Mahoma a la historia sagrada fueron tomadas libremente de fuentes cristianas y judías, y abarcaban la totalidad del periodo desde la creación del mundo hasta los primeros siglos de la era cristiana. Por supuesto, se desechaban los aspectos que disgustaban al espíritu musulmán, y se adaptaba el conjunto a la monótona concepción del Corán. Con una osadía aun mayor se elevaba la historia de la propia vida de Mahoma a la esfera de lo sobrenatural; aquí el Evangelio servía de modelo. Aunque Mahoma había declarado repetidamente

que era un hombre ordinario elegido por Allah como instrumento de Su revelación, y cuyo único milagro era el Corán, la posteridad le adjudicó todo un repertorio de prodigios, inventados evidentemente imitando a los milagros de Cristo. El motivo parece haber sido la idea de que ninguno de los antiguos Profetas, ni siquiera Jesús, de quien el Corán refiere los mayores prodigios, podría haber llevado a cabo un milagro sin Mahoma, sello de los Profetas, habiendo rivalizado con él o habiéndolo sobrepasado a este respecto. Sólo Jesús era el Mesías, pero este título no valía más que los títulos de otros Profetas, y los atributos especiales de Mahoma eran de un rango superior. Mahoma compartía con Jesús una impecabilidad relativa; la aceptación de esta doctrina, contradictoria con el espíritu originario del Corán, tenía, además, un motivo dogmático: era considerada indispensable para elevar el texto del Corán sobre toda sospecha de corrupción, sospecha que no estaría excluida si el órgano de la revelación fuera falible.

Este periodo de inocente adopción de instituciones, doctrinas y tradiciones fue pronto seguido por el despertar de la conciencia de que el Islam no podía absorber bien ningún otro elemento extraño sin poner en peligro su carácter independiente. Entonces comenzó la selección; y la asimilación del vasto arsenal de materiales tomados en préstamo, que ya se habían convertido en parte esencial del Islam, se completó con el sometimiento del conjunto a un tratamiento singular. Fue despojado cuidadosamente de todas las marcas de origen y rubricado como *hadiz*³, de forma que en adelante era considerado como emanación de la sabiduría del Profeta árabe, por lo que sus seguidores no debían favores a los extranjeros.

Primero, en Medina algunos hombres devotos se ocuparon de registrar, ordenar y sistematizar la propiedad espiritual del Islam; más adelante se formaron círculos similares en otros centros, como La Meca, Kufa, Basora, Misr (El Cairo) y en otros lugares. Al principio la colección de sentencias divinas, el Corán, era la única guía, la única fuente de los decretos decisivos, la única piedra de toque de lo que era verdadero o falso, permitido o prohibido. A regañadientes, pero con decisión al final, se reconoció que las bases establecidas por Mahoma para la vida de su comunidad no iban a ser encontradas en el Libro Sagrado en absoluto; más

² Los estudios de los profesores C. H. Becker, E. Mittwoch y A. T. Wensinck, tomados en conexión especialmente con los más antiguos de Ignaz Goldziher, han proyectado mucha luz sobre este asunto.

³ *Hadiz*, la palabra árabe para testimonio, historia, ha asumido el significado técnico de “tradición” referida a las palabras y hechos de Mahoma. Se usa tanto en el sentido de un testimonio único de esta clase como en el de la colección completa de las tradiciones sagradas.

bien, que las revelaciones de Mahoma sin su explicación y su práctica hubieran seguido siendo un enigma. Ahora se consideraba que las normas y las leyes del Islam se encontraban en la palabra de Dios y en la Sunna, es decir, el «camino» señalado por la palabra y el ejemplo del Profeta. Así había sido desde el momento en que Allah había hecho brillar Su luz sobre Arabia, y así debería seguir siendo, si el error humano no corrompía al Islam.

En el momento en que este instinto conservador comenzó a afirmarse entre los líderes espirituales, se había incorporado ya tanta materia extraña al Islam, que la teoría de la suficiencia del Corán y la Sunna no se podría haber mantenido sin la operación de etiquetado a que hemos aludido. En consecuencia, se aceptó que tan cierto como que Mahoma ha debido sobrepasar a sus predecesores en perfección y en prodigios, con la misma seguridad deben haber sido formulados por él todos los principios y preceptos necesarios para su comunidad. Así, mediante una gigantesca trama de ficciones, se convirtió después de su muerte en el órgano de opiniones, ideas, intereses añadidos, cuya legitimidad fue reconocida por cada uno de los grupos influyentes de creyentes. Todo lo que no pudiera ser identificado como parte de la Sunna del Profeta no recibiría reconocimiento; por otra parte, todo lo que se aceptara tendría, en cierta forma, que ser incorporado a la Sunna.

Vino a ser un dogma fundamental del Islam que la Sunna era el perfeccionamiento indispensable del Corán, y que los dos juntos formaban la fuente del derecho y la doctrina islamitas; hasta tal punto que todos los partidos se adjudicaban el nombre de «pueblo de la Sunna» para expresar su pretensión a la ortodoxia. El *contenido* de la Sunna, sin embargo, era objeto de muchas controversias; por lo que llegó a ser considerado necesario hacer que el Profeta pronunciara su autorizado juicio sobre esta diferencia de opinión. Se declaró que había calificado como prueba de la merced especial de Dios que dentro de límites razonables se permitiera a su comunidad diferencias de opinión. Los islamitas siempre se han lucrado ampliamente de este privilegio.

Cuando la diferencia afectaba a cuestiones políticas, especialmente en la sucesión del Profeta en el gobierno de la comunidad, se producía inevitablemente el cisma. Por ello surgieron las luchas partidistas del siglo primero, que condujeron a la instauración de las sectas chííes y jarichíes, grupos separados, escindidos del gran conjunto, que llevaban su propia vida, y por ello seguían diferentes caminos de los de la mayoría en cuestiones doctrinales y de derecho así como en la política. La acritud de la antítesis política servía

en tales casos para acentuar la importancia de las otras diferencias y para descartar su aceptación como consecuencia legal de la diferencia de opinión permitida por la misericordia de Dios. Que el factor político era realmente el gran motivo de separación, está demostrado claramente en nuestros días, ahora que un estado islamita tras otro ven desaparecer su independencia política y se hacen esfuerzos desde todas partes para reestablecer la unidad del mundo islámico estimulando el sentimiento de hermandad religiosa. Entre los musulmanes más instruidos de diferentes países está ganando terreno un esfuerzo serio para admitir a los chííes, jarichíes y otros, formalmente tachados de heréticos, en la gran comunidad, amenazada ahora por enemigos comunes, y para considerar sus dogmas específicos de la misma manera que las diferencias existentes entre las cuatro escuelas de derecho: hanafíes, malikíes, chafíes y hanbalíes, que durante siglos han sido consideradas idénticamente ortodoxas.

Aunque las diferencias que dividen a estas escuelas, provocaron al principio gran agitación y originaron violentas diatribas, el fuerte instinto universal del Islam siempre supo como evitar el cisma. Cada nueva generación o bien encontró el promedio áureo entre los extremos que había dividido a la precedente, o reconoció el derecho a ambas opiniones.

Aunque las diferencias dogmáticas no eran necesariamente tan peligrosas para la unidad como las políticas, no obstante eran más capaces de causar el cisma que las discusiones sobre el derecho. Era esencial poner fin a las disensiones sobre las raíces teológicas de todo el sistema del Islam. Mahoma nunca había expresado una verdad en forma dogmática; todo pensamiento sistemático era extraño a su naturaleza. Volvieron a ser los musulmanes no-árabes, especialmente los de origen cristiano, quienes sugirieron tales cuestiones doctrinales. Primeramente tropezaron con una vehemente oposición que condenaba toda discusión dogmática como novedad diabólica. A largo plazo, sin embargo, la lucha de los conservadores contra aspectos especialmente censurables de las discusiones de los dogmatizadores, les obligó a tomar en préstamo armas del arsenal dogmático. Por ello se puso de moda un método con una terminología particular, al que ni siquiera la más atrevida imaginación podría atribuir conexiones con la Sunna de Mahoma. No obstante algunas tradiciones osaron poner advertencias proféticas en los labios de Mahoma contra las innovaciones dogmáticas que con seguridad iban a surgir, y a hacerle pronunciar los nombres de un par de sectas futuras. Pero nadie se atrevió a hacer que el Profeta predicara

un sistema ortodoxo de dogmática, resultado de las controversias de varios siglos, la totalidad de cuyos términos eran extraños al habla árabe de la época de Mahoma.

Realmente todos los temas que habían originado la controversia dogmática en la iglesia cristiana, excepto algunos demasiado específicamente cristianos, fueron discutidos por los *mutakallims*, los dogmatizadores del Islam. Libre albedrío o predestinación, Dios omnipotente, o ante todo justo y santo; el Verbo de Dios creado por Él o compartiendo Su eternidad; Dios uno, en el sentido que Su ser no admitía pluralidad de atributos, o poseyendo atributos, eternamente inherentes a Su ser; en el mundo futuro sólo gloria y pérdida, o también un estado intermedio para los neutros. Podríamos continuar la enumeración y seguir descubriendo al historiador o teólogo de la Iglesia, viejos conocidos con traje musulmán. Por ello Maracci y Reland podían entender a los judíos y cristianos que sucumbían a la tentación de pasarse al Islam, y ello también explica por qué los dogmatizadores católicos y protestantes podían acusarse mutuamente de criptoislamismo.

Sólo a comienzos del siglo X A.D. comenzó a emerger en forma definida el dogma ortodoxo islamita del enfrentamiento de opiniones. Los mu'tazilíes habían abogado por el libre albedrío humano; habían dado preeminencia a la justicia y a la santidad en su concepción de Dios, habían negado los atributos distintos de Dios y la eternidad del Verbo de Dios; habían aceptado un lugar para los neutros entre el paraíso y el infierno; y durante un tiempo el favor de las autoridades parecía asegurar la victoria de su sistema. Al-Ash'ari contradujo todos estos puntos, y su sistema fue adoptado finalmente por la gran mayoría. Las doctrinas mu'tazilíes durante mucho tiempo siguieron cautivando a muchos espíritus, pero terminaron por refugiarse en la herejía política del chiísmo. En los círculos más conservadores, nunca faltaron opositores a toda especulación; pero estaban obligados inconscientemente a hacer amplias concesiones al pensamiento sistemático; porque en el mundo musulmán como en todas partes la creencia religiosa sin dogma era ya tan imposible como respirar sin aire.

Así pues, en el Islam, había llegado a ser aceptado un sistema completo, que no podía siquiera pretender derivar su autoridad de la Sunna. No era difícil justificar esta desviación por el odio ortodoxo contra las novedades. El Islam ha mirado siempre el mundo de un modo pesimista, mirada expresada en incontables dichos proféticos. El mundo es malo y se hará cada vez peor. La religión y la moralidad tendrán que emprender una guerra cada vez más desespera-

da contra la infidelidad, contra la herejía y los modos de vida impíos. Mientras esto no es motivo para establecer un compromiso con las doctrinas que se apartan sólo un ápice del Corán y la Sunna, requiere métodos de defensa contra la herejía desconocida en la época de Mahoma como herejía. «La necesidad no conoce ley» es un principio completamente aceptado en el Islam y la herejía es un enemigo de la fe que sólo puede ser derrotado con armas dialécticas. Por tanto, las verdades religiosas predicadas por Mahoma no han sido alteradas de ningún modo; pero por la fuerza de la necesidad han sido envueltas con un ropaje moderno, que ha modificado algo su aspecto.

Más todavía, el Islam tiene una teoría, que se basta para justificar todos las posteriores evoluciones de la doctrina y del derecho. Esta teoría, cuya importancia para el sistema difícilmente puede ser sobrevalorada, y que, sin embargo, ha sido ignorada constantemente por los estudiosos occidentales del Islam, encuentra su expresión clásica en las siguientes palabras, puestas en boca de Mahoma: «Mi comunidad nunca estará de acuerdo en el error». En términos más familiares para nosotros, esto significa que la iglesia mahometana, considerada en conjunto, es infalible; que todas las decisiones en asuntos prácticos o teóricos, sobre las que hay acuerdo, tienen fuerza obligatoria para sus miembros. En ningún otro lugar está más claramente expresado el instinto universal del Islam.

Un verdadero estudioso islamita, después de haber batallado con un manual de derecho, puede ser acosado por la duda de si estos interminables preceptos casuísticos han sido deducidos correctamente del Corán y la Sagrada Tradición. Su duda, sin embargo, será silenciada de golpe, si tiene en mente que Allah le habla más claramente por medio de este *acuerdo* infalible de la comunidad (*ijma'*) que por medio del Corán y la Tradición; aun más, que el contenido de estas dos fuentes sagradas, sin este perfecto intermediario, sería en gran parte ininteligible para él. Incluso las diferencias entre las escuelas de derecho pueden basarse en esta teoría del *Ichma'*; pues, ¿no nos enseña el *acuerdo* infalible de la comunidad que cierta diversidad de opinión es un don misericordioso de Dios? Mediante el *acuerdo* se legitimaron las especulaciones dogmáticas y las discusiones insignificantes sobre cuestiones de derecho. El sello del *Ichma'* fue esencial para cada norma de fe y de vida, para todas las conductas y costumbres.

Toda clase de ideas y prácticas religiosas, que posiblemente no podían ser deducidas del mensaje de Mahoma, entraron

en el mundo musulmán con permiso del *Ichma'*. Sólo hay que pensar en el misticismo y en el culto de los santos.

Algunos pasajes del Corán quizá pueden ser interpretados de tal modo que oigamos las cuerdas más sutiles del sentimiento religioso vibrando en ellos. La impresión principal que el Allah de Mahoma produce antes de la Hégira es de majestad imponente, ante la que los hombres se estremecen desde la distancia; temen Su castigo, no se atreven a estar seguros de Su recompensa, y esperan mucho de Su misericordia. Esta impresión es duradera; pero, después de la Hégira, se oye también a Allah razonando tranquilamente con Sus obedientes siervos, dándoles consejos y mandatos, que ellos tienen que cumplir para impedir toda resistencia a Su autoridad y merecer Su satisfacción. Es siempre el Señor, el Rey del mundo, que habla a Sus humildes siervos. Pero la lámpara que Allah había hecho levantar a Mahoma para guiar a la humanidad con su luz, era elevada más y más después de la muerte del Profeta, para derramar su luz sobre una parte de la humanidad siempre creciente. Esto no era posible, sin embargo, sin que su depósito se llenara con todas las diferentes clases de aceite que habían dado luz, desde tiempo inmemorial, a esas diferentes naciones. El aceite del misticismo vino de círculos cristianos, y su origen neoplatónico era claramente reconocible; Persia y la India también contribuyeron a ello. Había quienes, mediante el ascetismo, con diferentes métodos de mortificar la carne, liberaban el espíritu para que pudiera elevarse y unirse con el origen de todo ser; hasta tal punto, que para algunos la profesión de fe se redujo a la exclamación blasfema: «Soy Allah». Otros intentaron liberarse de la esfera material y temporal con ciertos métodos de pensamiento, combinados o no con el ascetismo. Aquí se sentía la necesidad de un guía, y surgieron las cofradías, cuyo fin era permitir a amplios grupos de gente dirigidos por sus jeques para que participaran en la unión mística simultáneamente. La influencia que más se extendió fue la de guías como Algacel, padre de la iglesia islamita tardía, que recomendaba la purificación moral del alma como único camino por el que los hombres deberían acercarse a Dios. Su misticismo quería evitar el peligro del panteísmo, al que eran conducidos tantos otros por sus contemplaciones, y que con harta frecuencia hacía menospreciar la ley revelada o incluso la moralidad. Algunos querían superar el abismo entre el Creador y lo creado por el puente de la contemplación; y así, empujados por el fuego de la pasión sublime, se precipitaban hacia el objeto de su amor, en una especie de raptó, que los poetas comparan con la intoxicación. El perverso mundo decía que la imposibilidad de realizar esta unión

celestial a menudo inducía a estas gentes a imitarla en el tiempo presente con los medios terrenales del vino y la complacencia en el amor sensual.

Característico de todas estas clases de misticismo es su orgullo esotérico. Todas estas emociones son destinadas sólo a un pequeño número de elegidos. Incluso el misticismo ético de Algacel no es para la multitud. El desarrollo del Islam en conjunto, a partir de la Hégira, ha sido siempre mayor en extensión que en profundidad; y en consecuencia, su pedagogía ha sido defectuosa. Incluso algunas de las mentes más nobles del Islam restringen la auténtica vida religiosa a una aristocracia, y aceptan la ignorancia de la multitud como un mal irremediable.

A lo largo de los siglos formas panteístas y animistas de misticismo han encontrado muchos seguidores entre los islamitas; pero el *acuerdo* infalible ha continuado llamando a eso herejía. El misticismo ético, desde Algacel, ha sido reconocido plenamente; y, con el derecho y el dogma, forma el trío sagrado de las ciencias del Islam, para cuyo estudio las artes humanistas árabes sirven de instrumentos preparatorios. Todas las demás ciencias, aunque útiles y necesarias, son de este mundo y no tienen valor en el mundo venidero. El infiel las aprecia y estudia igual que los islamitas; pero en tierra mahometana deben teñirse con un matiz islamita, y sus resultados nunca pueden colisionar con las tres ciencias religiosas. La física, la astronomía y la filosofía han encontrado a menudo difícil observar esta restricción, y por ello solían ser sospechosas, al menos levemente, en los círculos píos.

El misticismo no sólo debía a el *Ichma'* su lugar en el trío sagrado, sino que logró mejor que la dogmática confirmar su derecho con palabras de Allah y Su Profeta. En el Islam están aliados generalmente el misticismo y la alegoría; para los *illuminati* las palabras tenían un significado muy diferente que para la gente corriente. Así pues se hacía hablar al Corán el lenguaje del misticismo; y existen comentarios místicos del Libro Santo que, con un desprecio total por las objeciones filológicas e históricas, explican los versículos de la revelación como expresiones de las más profundas experiencias anímicas. Se ponían en boca del Profeta afirmaciones claras de esta índole; y, igual que los canonistas, los dirigentes de la vía mística hacia Dios presumían de una genealogía espiritual que retrocedía hasta Mahoma. Así se atribuye al Profeta haber declarado vano todo conocimiento y cumplimiento de la ley que carece de experiencia mística.

Evidentemente sólo el misticismo «verdadero» es justificado por el *Ichma'* y confirmado por el Corán y la Sunna; pero acerca de los límites entre el misticismo «verdadero» y «falso» o herético existe en gran medida la bien conocida diversidad de opiniones permitida por la misericordia de Dios. El misticismo ético de Algacel es reconocido generalmente como ortodoxo; y la posibilidad de alcanzar una esfera espiritual más elevada por medio del ascetismo metódico y la contemplación es puesta en duda por pocos. Una opinión que ha llegado a prevalecer en amplios círculos: el derecho ofrece el pan de vida a todos los fieles, el dogma es el arsenal del que deben tomarse las armas para defender los tesoros de la religión contra la impiedad y la herejía, pero el misticismo muestra al peregrino terrestre el camino del cielo. Una necesidad muy inferior garantizaba al culto de los santos un lugar en la doctrina y práctica del Islam. Por extraña que sea la transformación de Mahoma desde un corriente hijo de hombre, que él quería ser, en la encarnación de la Luz Divina, como lo representan los biógrafos posteriores, es aun más asombroso que la intercesión de los santos se hiciera indispensable para la comunidad de Mahoma, que según la tradición, maldecía a los judíos y cristianos porque adoraban los sepulcros de sus profetas. Casi todas las localidades musulmanas tienen su santo patrón; cada país tiene sus santos nacionales; cada región de la vida humana tiene sus propios gobernadores humanos, que son intermediarios entre el Creador y los hombres corrientes. En ningún otro aspecto particular se ha acomodado el Islam más completamente a las religiones que ha suplantado. La costumbre popular, que en muchos casos es difícil de distinguir del politeísmo, fue beneficiada en gran medida por la teoría de la intercesión de los muertos devotos, cuya asistencia amistosa podía asegurarse la gente haciendo buenas obras en su nombre y para su eterno beneficio.

El visitante musulmán de las tumbas de los santos corriente no se preocupa con este ingenioso compromiso entre el severo monoteísmo de su Profeta y el politeísmo de sus antepasados. Está firmemente convencido de que el mejor camino para obtener la satisfacción de su afán por los bienes mundanos o celestiales es dar al santo a cuyo especial cuidado están lo que más le gusta; y con confianza deja que el venerado resuelva el asunto con Allah, que está demasiado por encima del mortal ordinario para facilitar un contacto directo.

En apoyo de esta sorprendente desviación del original, incluso se han forjado tradiciones. Además, la veneración

de seres humanos estaba favorecida por algunas formas de misticismo; porque, como muchos santos, muchos místicos tenían sus excentricidades, y era muy beneficioso para los teólogos místicos si se podía persuadir al vulgo que aceptara sus desviaciones de las leyes normales de la vida como peculiaridades de hombres santos. Pero el *Ichma'* contribuyó aun más que la tradición y el misticismo para hacer posible la veneración de legiones de santos en los templos de los mismos hombres que estaban obligados por su ley canónica a decirle a Allah varias veces diariamente: «A Ti sólo adoramos y a Ti sólo imploramos ayuda.»

En el siglo diez de nuestra era el proceso de acomodación del Islam estaba terminado en todos sus principios. A partir de ese momento, si las circunstancias eran favorables, podía continuar la ejecución de sus planes de conquista del mundo sin ser obligado a asimilar ningún elemento extraño más. Frente a cada beneficio espiritual de que pudiera presumir otra religión universal, podía presentar algo semejante, pero que todavía ostentara rasgos propios, y cuya superioridad podía defender mediante argumentos perfectamente satisfactorios para sus seguidores. En adelante el Islam se esforzó en distinguirse cada vez más nítidamente de sus rivales más importantes. No había un estancamiento total, la evolución no estaba completamente detenida; pero se movía a un ritmo mucho más pausado, y su dirección obedecía a motivos internos, no a influencias de fuera. El catolicismo musulmán había alcanzado su pleno desarrollo.

No podemos considerar en la pequeña extensión de estas conferencias las excrecencias del Islam corriente, los radicales chiíes, que reverenciaban a ciertos descendientes de Mahoma como gobernadores infalibles del mundo, los ismaelitas, los asesinos qarmatas; ni los hijos bastardos modernos del Islam, como los sheijis, los babis, los baha'is —que tienen algunos seguidores en Estados Unidos— y otras sectas, que efectivamente surgieron en tierra musulmana, pero que intencionadamente se dirigieron a fuentes no islámicas en busca de sus inspiraciones. Hay que dirigir la atención, sin embargo, a las protestas de ciertas minorías contra algunas de las ideas y prácticas que han sido definitivamente adoptadas por la mayoría.

En mitad del «catolicismo» islamita siempre vivieron y se movieron más o menos libremente elementos «protestantes». La comparación puede incluso prolongarse, con ciertas especificaciones, y podemos hablar también de un protestantismo conservador y de otro liberal en el Islam. El protestantismo conservador está representado por la escuela hanbalí y espíritus afines, que con el mayor énfasis predica-

ron que el *acuerdo* (*Ichma'*) de cada época debería basarse en el de los «devotos antepasados.» En consecuencia contrastaron todo dogma y toda costumbre con las palabras y los hechos del Profeta, sus coetáneos y los líderes de la comunidad en las primeras décadas tras la muerte de Mahoma. A sus ojos la iglesia de tiempos posteriores había degenerado; y se negaron a considerar el acuerdo de sus doctores justificando la penetración en el Islam de ideas y usos de origen foráneo. El culto de los santos fue rechazado por ellos como completamente incompatible con el Corán y la tradición auténtica. Estos protestantes del Islam pueden ser comparados con los del cristianismo también en este aspecto: que aceptaban los resultados de la evolución y la asimilación de los tres primeros siglos del Islam, pero rechazaban posteriores añadidos como abusos y corrupción. Cuando en el umbral del siglo XIX intentaron, como verdaderos musulmanes, imponer por medios materiales sus concepciones religiosas sobre otros, fueron combatidos como herejes por las autoridades del Islam «católico». Arabia central y occidental fueron el campo de batalla en que estos fanáticos, llamados wahhabíes por su líder, fueron derrotados por Mohamed Ali, el primer jedive, y su ejército egipcio. Desde que abandonaron sus esfuerzos por reconstituir violentamente lo que consideran que era el Islam originario, no han sido molestados, y sus ideas han encontrado partidarios lejos de Arabia, p. ej., en la India británica y en África septentrional y central.

Todavía de un modo muy diferente, muchos musulmanes que han vuelto a los orígenes de su religión, vieron dificultadas su libertad de pensamiento o de acción por el derecho y la doctrina dominantes. Demasiado apegados a las tradiciones de su fe, para ignorar a propósito estos impedimentos, intentaron encontrar en el Corán y en la tradición argumentos a favor de lo que les era dictado por la razón; y encontraron tales argumentos tan fácilmente como las generaciones anteriores habían encontrado las bases sobre las que fundar su casuística, su dogma y su misticismo. Esto comportaba una interpretación de las fuentes más antiguas independiente del desarrollo «católico» del Islam, y en contradicción con la opinión general de los canonistas, para quienes desde el siglo cuarto o quinto de la Hégira nadie está calificado para un libre examen semejante. Cierta grado de independencia de la mente, junto con un fuerte apego a su pasado espiritual, ha dado origen en el mundo musulmán a esta especie de protestantismo liberal, que en nuestra época tiene muchos seguidores entre los musulmanes que han entrado en contacto con la civilización moderna.

Que los partidarios de todas estas diversas concepciones pudieran permanecer juntos como hijos de una familia espiritual, es debido en gran parte al carácter elástico del *Ichma'*, cuya importancia hasta cierto punto es reconocida por «católicos» y «protestantes», por los modernos y por los conservadores. Nunca se ha impugnado que la comunidad, cuyo acuerdo era la prueba de la verdad, no consistiera en las fieles masas, sino en el experto elegido. En una iglesia cristiana se habría hablado del clero, con una posterior definición de los órganos a través de los que iba a expresarse: sínodo, concilio o Papa. El Islam no tiene clero, como hemos visto; la idoneidad de un hombre para tener su propia opinión depende completamente de la amplitud de sus conocimientos o más bien de su erudición. No hay carencia de pautas, fijadas por las autoridades musulmanas, en las que se detallan las exigencias para que un erudito se capacite para el *Ichma'*. El criterio principal es el conocimiento del derecho canónico; lo que bien se esperaría de la historia de la evolución del Islam. Pero, por supuesto, los dogmatizadores y los místicos tenían también sus propios «acuerdos» sobre las cuestiones que les incumbían, y por medio del compromiso entre el derecho, el dogma y el misticismo, no podía dejar de acceder a la existencia una especie de *Ichma'* mixto. Además, las pautas y las definiciones sólo podían tener cierto valor teórico, por no haber existido nunca un organismo que pudiera hablar en nombre de todos. Las decisiones del *Ichma'* tenían por ello que ser fijadas sólo de un modo vago y general. Los portavoces eran individuos cuya autoridad propia dependía del *Ichma'*, mientras que el *Ichma'* habría sido su decisión colectiva. Así pues era posible que innumerables grados de «catolicismo» y «protestantismo» vivieran bajo un mismo techo; con muchas fricciones, es cierto, pero sin una ruptura o cisma definitivos, no siendo capaz ninguna secta de expulsar a otra de la comunidad.

Las autoridades políticas musulmanas están obligadas no sólo a extender el dominio del Islam, sino también a mantener a la comunidad en el camino recto en su vida y su doctrina. Esta tarea la han concebido siempre en armonía con sus intereses políticos; el Islam ha tenido sus persecuciones religiosas pero la tolerancia era muy corriente, e incluso el patrocinio oficial de la herejía no era muy excepcional en los gobernantes musulmanes. En ninguna parte existía la vigilancia regular de la disciplina religiosa. Así, por el vínculo de la obediencia política eran mantenidos unidos elementos que podrían de otra forma haberse disgregado. La decadencia política del Islam en nuestros días ha suprimido lo que había quedado del poder oficial para conciliar

las diferencias religiosas y nunca existió ninguna organización de la autoridad espiritual. Por ello es completamente natural que la diversidad de opiniones permitida por la merced de Allah se muestre ahora a una escala mayor que nunca anteriormente.

Mohammedanism; lectures on its origin, its religious and political growth, and its present state, C. Snouck Hurgronje, New York, G. P. Putnam's sons [1937] (pages 54-85)